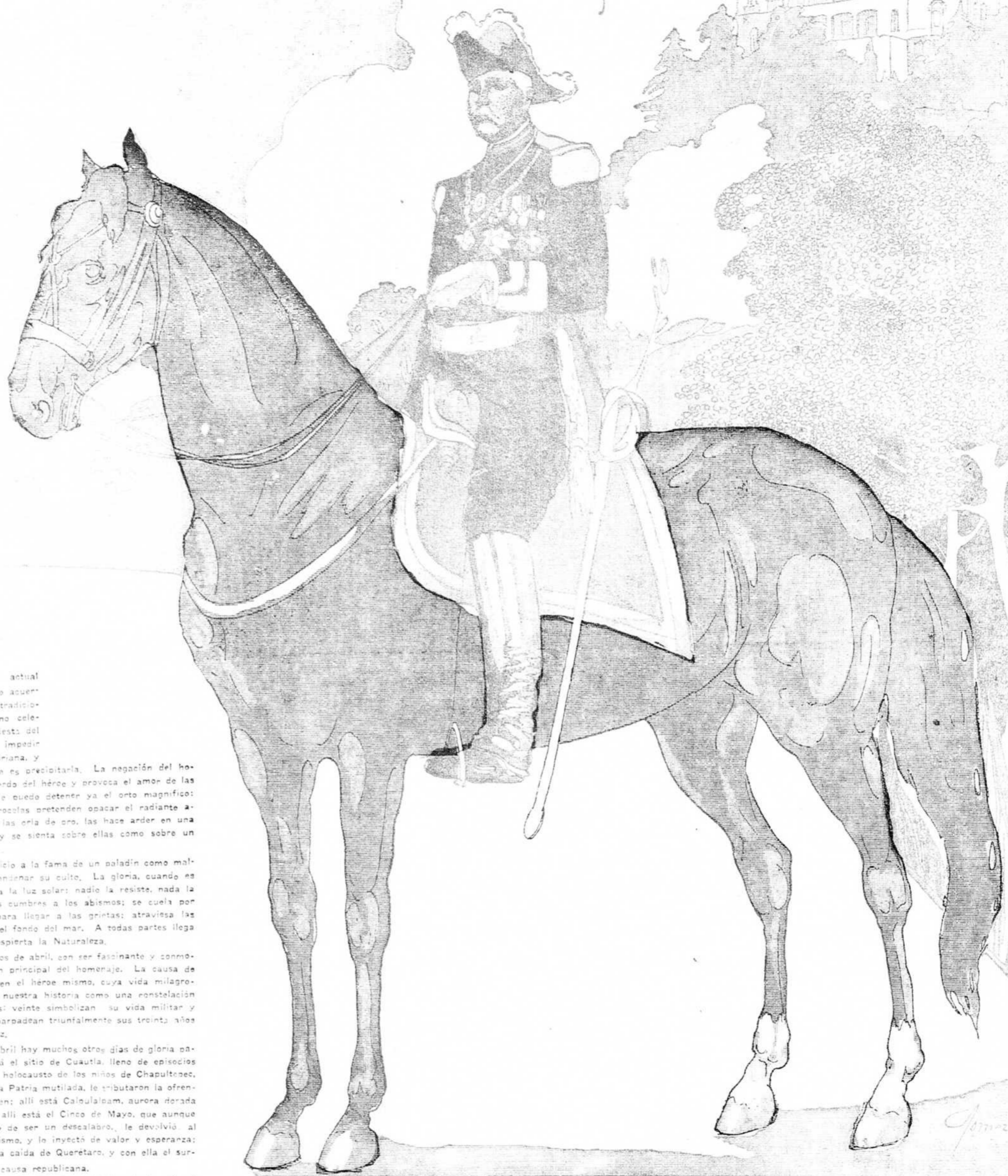


LA GLORIA DE PORFIRIO DIAZ

Por Nemesio García Naranjo



EL GOBIERNO actual de México, de acuerdo con las tradiciones revolucionarias, no celebró en este año la fiesta del dos de abril. Creo impedir así la apoteosis porfiriana, y lo único que consigo es precipitarla. La negación del homenaje aviva el recuerdo del héroe y provoca el amor de las muchedumbres. Nadie puede detener ya el orto magnífico: nubes cargadas de procelas pretenden opacar el radiante amanecer; pero el sol las orla de oro, las hace arder en una claridad paradisíaca y se sienta sobre ellas como sobre un trono oriental.

Nada es tan procelo a la fama de un paladín como maldecir su nombre y condenar su culto. La gloria, cuando es verdadera se parece a la luz solar: nadie la resiste, nada la detiene. Baja de las cumbres a los abismos; se cuela por entre los peñascos, para llegar a las grietas; atraviesa las olas, hasta encender el fondo del mar. A todas partes llega y en todas partes despierta la Naturaleza.

El recuerdo del dos de abril, con ser fascinante y conmovedor, no es la razón principal del homenaje. La causa de la glorificación está en el héroe mismo, cuya vida milagrosa se extiende sobre nuestra historia como una constelación de cincuenta estrellas; veinte simbolizan su vida militar y en las otras treinta parpadean triunfalmente sus treinta años de construcción y paz.

Como el dos de Abril hay muchos otros días de gloria para la Patria. Allí está el sitio de Cuautla, lleno de episodios de gesta; allí está el holocausto de los niños de Chapultepec, vivo para consolar a la Patria mutilada, le tributaron la ofrenda de su sangre virgen; allí está Calcuta, aurora dorada del México redivivo; allí está el Cinco de Mayo, que aunque militarmente no pasó de ser un descalabro, le devolvió al pueblo la fe en sí mismo, y le inyectó de valor y esperanza; allí está por último la caída de Querétaro, y con ella el sursum definitivo de la causa republicana.

Nuestra Historia está salpicada de hechos de leyenda, y si nos pusieramos a celebrar los aniversarios de todos los heroísmos, trascurriría el año entero en medio de conmemoraciones cívicas. En la imposibilidad de hacerlo, la República debe sacudir su túnica tachonada de astros, y solo glorificar perennemente a los héroes sintéticos, a los que encarnaron el espíritu nacional en los días aciagos de las grandes crisis, a los corazones fuertes, que fueron inmensos capullos en donde un día la Patria se refugió como oscura crisálida, para salir después transfigurada en mariposa.

Porfirio Díaz es el tercer héroe nacional. El primero fue Hidalgo, núcleo inicial de nuestra Independencia; el segundo fue Juárez, que encarna la transformación grandiosa de la Reforma; el tercero fue Díaz, que sintetiza la etapa fecunda de la unificación nacional. Bueno o malo, nuestro pasado en ellos se reconstruye: son los tres pétalos de un trébol simbólico; los tres lados de un triángulo de luz por donde nos mira la pupila de Dios; los tres colores de nuestra bandera; las tres cuerdas de la lira nacional; las tres figuras centrales de nuestra civilización.

La Patria, al través de ellos nació, se renovó y se fertilizó. En Hidalgo es todavía un ensueño; en Juárez fue ya una realidad; en Díaz fue un triunfo clamoroso. Los demás héroes son planetas; Hidalgo, Juárez y Díaz son los soles, en cuyo alrededor gira toda nuestra Historia. Hidalgo sembró la planta; con Juárez se llenó de flores; con Díaz se cubrió de frutos.

Por eso México que honra al Libertador en el 16 de Septiembre, y al Reformador en el 19 de Julio, necesita una fecha

para el culto del Constructor. Lo mismo puede ser el dos de Abril que el quince de Septiembre; es igual la evocación del triunfo de la Carbonera que el dos de Julio, aniversario de su muerte. Lo que el pueblo anhela es una oportunidad para externar su admiración reprimida durante los años negros de la Revolución. Una fiesta que al mismo tiempo, consagre al arquitecto de nuestra cultura y fulmine a los impíos que devastaron la Patria!

Después de Hidalgo, Juárez y Díaz, ya no van a venir héroes máximos. Ya ellos tres señalaron la ruta; ahora lo único que se necesita es seguir el camino. Hidalgo nos enseñó a iniciar; Juárez a perseverar; Díaz a edificar. Después de ellos, ya no hacen falta gigantes sino obreros: estadistas admirables del tipo de Sarmiento y Alberdi, de Limantour y Matías Romero, que adornen con arabescos de granito el edificio de la Patria siempre en construcción. A medida que los pueblos avanzan hacia el porvenir va dejando de ser necesaria la intervención de los semidioses. La Grecia de Pericles no necesita de los titanes para que la defiendan porque sabe defenderse sola. El último héroe de Inglaterra fue Cromwell; el último de Francia fue Bonaparte; el último de Alemania, fue Bismarck; el último de Estados Unidos, Lincoln; el último de Italia, Garibaldi.

Entre nosotros el último fue Porfirio Díaz. En adelante ya no se van a requerir hombres extraordinarios porque el milagro de la Patria ya está hecho. Los héroes cumplieron su misión divina; ahora toca al pueblo completar la obra.

Por eso, es tan risible el empuje de la Revolución por oscurecer la gloria porfiriana. Negar la estrella, cuando se destaca con más relieve porque solo la circuyen sombras; in-

sultar a la montaña desde el abismo; censurar con silbidos de serpiente, el vuelo atrevido del águila que se incrusta en el cielo; alzar sobre el genio la mano irreverente, cuando reina por doquiera la mediocridad.

Por encima de las diatribas pasionales, el pueblo mexicano persistirá en venerar la memoria de Porfirio Díaz, porque tiene la dolorosa intuición de que es el representante postero de la tradición épica, el último retoño de la leyenda patria. Después de él no habrá ya más hazañas fabulosas; con Porfirio Díaz se pierde en las brumas del pasado la visión divina de un México que nunca volverá.

Ya no concentrará la nación sus energías ni sus esperanzas en un solo hombre. Ya no se presenciará el milagro de 1810, en que un caudillo junta en una semana cien mil hombres y despierta a todo un pueblo a la vida. Tampoco se repetirá la hazaña de vencer a un Imperio con dos cualidades únicas: perseverancia y fe. Menos aún se verá el brazo taumaturgico que convierta un erial casi secular, en un vergel para la civilización. Ya no habrá trabajos como los de Hércules ni hazañas como las de Teste. Se acabaron los milagros y los conductores geniales tienden a humanizarse. Ahora vendrá la acción intelectual y moral del país por siglos y siglos, hasta que se agote el espíritu de la raza, y llegue el momento en que tengamos que entregar nuestra antorcha a una nueva civilización del futuro.

Pero aún en ese entonces la humanidad venidera evocará con respeto la obra de nuestros caudillos centrales, como también evoca sobre las ruinas de la vieja Helade, las hazañas de la Guerra de Troya y los monumentos impercederos del reinado de Pericles.

Esta es la gloria de Porfirio Díaz: hizo lo que nadie había hecho y lo que nadie más volverá a hacer. A su influjo, los hombres se convertían en héroes y los héroes se transfiguraban en estadistas. Allí está Pacheco, rivalizando en el asalto de Puebla con cualquier guerrero de la Ilíada, y luego en la Secretaría de Fomento, envolviendo la República en la cinta de acero de los ferrocarriles. Allí está también Juan de la Luz Enriquez... el primero en llegar a la plaza de Puebla el dos de Abril y luego, como Gobernador de Veracruz, el primero también en ponerle cimientos de granito a la educación nacional.

Díaz, con su régimen, completa la obra de Hidalgo y Juárez porque le da cohesión. Los hombres que lo acompañaron en su primera etapa fueron campesinos que se improvisaron guerreros y luego, guerreros que se pusieron a construir. Y en medio de ellos el gran obrero que puso fin al desorden, que dobló las facciones; que encendió una revolución para castigar a la Revolución; que derribó un gobierno para crear el Gobierno.

Después de la devastación revolucionaria de la última década se miran los treinta años porfirianos como treinta puntales que sostienen el edificio en ruinas; treinta promesas de futura libertad; treinta argumentos en favor de la posibilidad que tiene México para gobernarse cultamente; treinta esperanzas mesiánicas de redención.

La Revolución de 1910 quiso acabar con la gloria de Porfirio Díaz... y Porfirio Díaz, después de diez años sigue en pie... la misma Revolución le sirve de pedestal. Los fanáticos que quisieron llevarlo al abismo, lo han conducido, sin darse cuenta a la apoteosis.